

## *Fukuyama diez años después: ¿ahora sí arribaremos al “fin de la historia”?*

*Mi trabajo del año 89 está referido al plano de las ideas. Dice que la libertad política y económica parecen conceptos difíciles de superar. En ese sentido es válido: no se puede esperar un sistema nuevo, con bases muy diferentes.*

F. Fukuyama

Hace una década, Francis Fukuyama sacudió al mundo intelectual con su tesis acerca del *fin de la historia*<sup>1</sup>: para Fukuyama, con la crisis del socialismo histórico, se iniciaba el principio del fin de la historia humana, es decir, la implantación, sin proyecto alternativo alguno, del “orden liberal”, concretado en la economía de mercado y la democracia representativa.

“Al observar el flujo de eventos de la década pasada —nos dice Fukuyama en “¿El fin de la historia?”—, es difícil evitar la sensación de que algo muy fundamental ha sucedido en la historia mundial. El año pasado ha sido testigo de una inundación de artículos conmemorando el fin de la Guerra Fría y el hecho de que ‘la paz’ parece estar brotando en muchas regiones del mundo. La mayoría de estos análisis carece de una visión conceptual más amplia para distinguir entre qué es lo esencial, y lo que es lo coyuntural o accidental en la historia mundial... El siglo veinte vio al mundo desarrollado descender a un paroxismo de violen-

cia ideológica, el liberalismo enfrentó primero a los restos del absolutismo, luego el bolchevismo y el fascismo, y finalmente un marxismo moderno que amenazó con llevar al apocalíptico final de la guerra nuclear. Pero el siglo que inició lleno de confianza en el triunfo máximo de democracia liberal occidental parece, al final, regresar donde comenzó. No hacia la convergencia entre el capitalismo y el socialismo, como antes fue anticipado, sino hacia una victoria desenfrenada del liberalismo económico y político”<sup>2</sup>.

El corolario de esta tesis era que, al contrario de la utopía marxista para la cual la historia culminaba en el comunismo (el “reino de la libertad”), la etapa final de ésta es el capitalismo. De aquí que Fukuyama pudiera proclamar a los cuatro vientos que, tras el fracaso del proyecto socialista, la humanidad no pudiera vislumbrar en su horizonte más que capitalismo. Así, pues, la historia habría llegado a su fin; no habría nada nuevo que esperar en el futuro. En 1989, estábamos arribando no sólo al

1. Ver F. Fukuyama, “The end of history?”, *The National Interest*, 16, 1989, pp. 3-18. Además de este artículo, tres años después, Fukuyama desarrolló más a fondo sus ideas en el libro *The end of history and the last man*, New York: Free Press, 1992. Su última obra lleva por título *The great disruption: human nature and the reconstitution of social order*. New York: Free Press, 1999.
2. F. Fukuyama, “The end of history?”, p. 3 (Traducción libre de Kati Griffith).

fin de la historia, sino al fin de las ideologías (ideas que movilizan para la transformación social) y al fin de las utopías (visiones de un orden social que es la negación del orden existente).

Las reacciones a las ideas de Fukuyama fueron inmediatas. En los círculos intelectuales conservadores la algarabía fue mayúscula, pues al fin se contaba con un par de argumentos simples y contundentes (dotados, eso sí, de un aura cuasi escatológica) para legitimar la primacía histórica del orden capitalista por sobre cualquier otro ordenamiento social y económico. Fukuyama les había enseñado que el orden capitalista, más allá de estar sostenido por un sistema económico eficiente y un sistema político democrático, era el último peldaño de la evolución humana hacia la libertad. Para quienes se adscribían en aquel entonces a lo que se donominaba "nueva derecha", las tesis de Fukuyama fueron recibidas como el tiro de gracia al proyecto socialista-comunista en cualquiera de sus variantes.

Por su parte, en los círculos intelectuales de izquierda el malestar ante las ideas de Fukuyama se hizo patente de diversas formas. Eso sí, nadie que se preciara de sus afinidades, aunque fueran remotas, hacia el marxismo podía eludir la alusión crítica hacia este autor, que desafiaba brutalmente los supuestos más queridos de unos intelectuales que se resistían a creer (o no alcanzaban a entender) lo que sucedía ante sus ojos. En 1989-1990 no faltaban, entre los intelectuales más lúcidos, quienes veían los acontecimientos en la ex Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y en el antiguo bloque del Este una profundización —un salto hacia delante— en el avance del socialismo hacia el comunismo. En estos ambientes intelectuales, Fukuyama fue considerado, sin reparo alguno, persona *non grata*. Curiosamente, en los círculos de izquierda no molestaba tanto que este autor hablara del fin de la historia —al fin y al cabo, les era familiar la idea de que la historia tiene un final—, tampoco les molestaba tanto su rechazo del socialismo real —al fin y al cabo, de entre las filas de la intelectualidad de izquierda se habían vertido ya duras críticas al socialismo, tal como éste se había concretado en la ex URSS y el bloque del Este—. Sí les molestaba sobremanera el que Fukuyama identificara a los socialismos históricos con el *proyecto utópico* de Marx y que, por si fuera poco,

decretara, en virtud del fracaso de aquéllos, la *desaparición total* del último como referente de los actores sociales comprometidos con la transformación del orden existente. Pero lo que exacerbó los ánimos de la izquierda hasta niveles indecibles, fue la idea de Fukuyama de que la última fase de la evolución histórica la constituía el capitalismo.

Como quiera que sea, tanto seguidores como detractores contribuyeron a la publicidad de las tesis de Fukuyama, con lo cual éste se convirtió, hasta mediados de la década de los noventa, en el punto de referencia obligado de los más diversos debates intelectuales y políticos. Su impacto, visto desde ahora, no obedeció a la fecundidad o profundidad de sus ideas —más bien, simples y doctrinarias—, sino a la coyuntura en la que fueron publicitadas: una coyuntura marcada no sólo por cambios sociopolíticos de gran envergadura, sino por la algarabía sin límites de unos —los que veían en esos cambios la posibilidad de emanciparse de las asechanzas del totalitarismo— y la incertidumbre y el desconcierto de otros —los que veían que sus esquemas cognoscitivos y prácticos en absoluto les servían para entender lo que estaba sucediendo y para orientarse, según lo exigían las nuevas circunstancias—.

En este clima de confusión e incertidumbre la palabra de Fukuyama se abrió espacio; la suya no fue una gran teoría sociológica, política o histórica, sino una conjunto de sentencias metafísicas y escatológicas destinadas, por un lado, a erradicar de una buena vez cualquier brote (aunque remoto) de optimismo en las filas de la izquierda —ya que su esperanza de que el proyecto socialista emergiera fortalecido era una mera ilusión— y, por otra, a enseñarles a quienes recibían con euforia el fracaso del socialismo real, que su júbilo tenía un fundamento seguro y definitivo, pues el capitalismo llegaba para quedarse de una vez por todas. Ésta fue la certeza en la que se sostenía el credo de Fukuyama; fue certeza que le sirvió tanto para ganar adeptos como para descalificar a los "enemigos" del orden liberal.

Muchas cosas han sucedido en el mundo desde que Fukuyama publicara su polémico artículo. Probablemente muchos opinarán que los dinamismos históricos de la última década, con el resurgimiento de los nacionalismos étnicos, la presencia de fundamentalismos religiosos del más di-

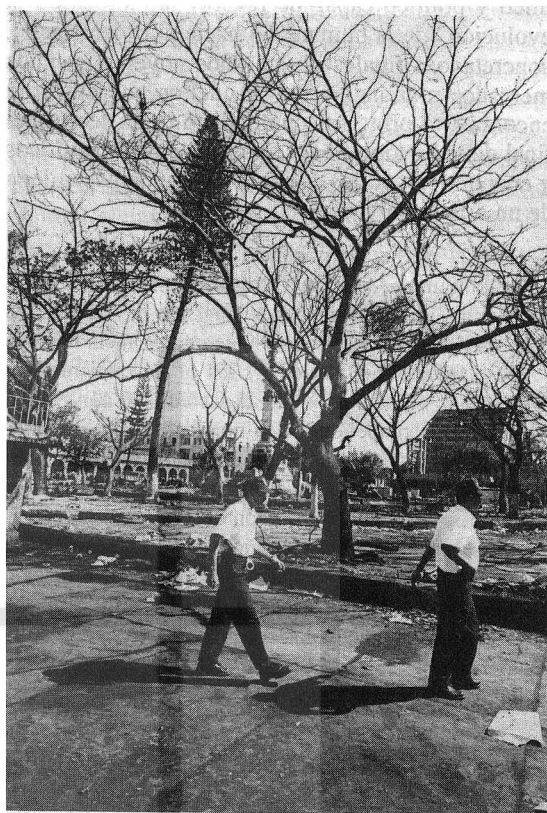
verso signo y la emergencia del Islam, entre otros fenómenos sociohistóricos<sup>3</sup>, ponen en entredicho la idea de que estamos arribando al triunfo definitivo y total del capitalismo.

Sin embargo, Fukuyama tiene su propio balance de las tesis que defendió hace una década y, precisamente, para celebrar el décimo aniversario de la publicación del artículo que tanta polémica ha provocado, ha escrito un nuevo artículo titulado "Pensando sobre el fin de la historia diez años después"<sup>4</sup>. De entrada, nuestro autor va directamente a la valoración de sus ideas de hace diez años: "nada de lo que ha sucedido en la política o en la economía en los últimos diez años contradice, en mi opinión —nos dice—, la conclusión de que la democracia liberal y la economía de mercado son las únicas alternativas viables para la sociedad actual... Las situaciones más graves han sido la crisis económica de Asia y el aparente estancamiento de la reforma en Rusia. Pero... no suponen un fracaso sistemático del orden liberal preva-  
ciente en el mundo"<sup>5</sup>.

Asimismo, en esta autoevaluación Fukuyama explicita algo que, en su opinión, no alcanzaron a comprender sus críticos a lo largo de estos diez años: que su artículo "¿El fin de la historia?" se inscribía en el marco de una visión de la evolución de las instituciones económicas y políticas de rai-  
gambre hegeliano-marxista. Pero, "al contrario de los marxistas —nos dice nuestro autor—, yo afirmaba que este proceso de evolución histórica no culminaba en el socialismo, sino en la democracia y la economía de mercado"<sup>6</sup>.

En la actualidad, su planteamiento al respecto básicamente continúa siendo el mismo que hace una década, salvo por una "corrección" que Fukuyama considera pertinente hacer a su formulación original: las ciencias naturales enseñan que la historia no puede terminar todavía, sino hasta que se alcancen los logros científicos que, "en esencia, abolirán a la humanidad como tal".

El carácter abierto de las actuales ciencias naturales —dice Fukuyama— indica que la biotecnología nos



aportará en las dos generaciones próximas las herramientas que nos van a permitir lo que no consiguieron los ingenieros sociales del pasado. En este punto, habremos concluido la historia humana porque habremos abolido a los seres humanos como tales. Y entonces comenzará una nueva historia poshumana<sup>7</sup>.

Al margen del oscuro significado de expresiones como "habremos abolido a los seres humanos en cuanto tales", una cosa es cierta, desde la óptica del propio Fukuyama: el fin de la historia, concretado en la democracia y los mercados liberales, no se ha alcanzado definitivamente todavía, pero la humanidad se encamina irremediabilmente hacia ese fin, todo es cuestión de tiempo. Desde su perspectiva, no hay acontecimiento social, econó-

3. Un conjunto de reflexiones sobre éstos y otros temas se encuentra en I. Berlin, *et al.*, *Fin de siglo. Grandes pensadores hacen reflexiones sobre nuestro tiempo*, México: McGraw Hill, 1996.

4. F. Fukuyama, "Pensando sobre el fin de la historia diez años después", *El País Digital*, junio, 1999.

5. *Ibíd.*

6. *Ibíd.*

7. *Ibíd.*

mico y político capaz de revertir la “lógica de la evolución” de la humanidad hacia el orden liberal, concretado a finales de los años noventa en unos mercados mundializados. “Aquellos que creyeron encontrar el principal punto flaco de la teoría del final de la historia en los acontecimientos políticos y económicos de los últimos diez años hacen leña de un árbol equivocado”<sup>8</sup>.

Hay al menos dos razones importantes —sentencia Fukuyama— para el progreso indefinido de la mundialización. En primer lugar, no hay alternativa de modelo de desarrollo viable que prometa mejores resultados... En particular, los acontecimientos de los diez últimos años han desacreditado aún más al principal competidor de la mundialización, el denominado ‘modelo de desarrollo asiático’... La segunda razón por la que no es probable que se invierta el sentido de la mundialización está relacionada con la tecnología. La mundialización actual está respaldada por la revolución en la tecnología de la información que ha llevado el teléfono, el fax, la radio, la televisión y la Internet a los rincones más remotos de la tierra<sup>9</sup>.

Al igual que hace diez años, Fukuyama vuelve por los fueros del sistema capitalista. Y lo hace no con un nuevo planteamiento, sino con los mismos argumentos de hace una década, los cuales, desde su punto de vista, han resistido la prueba del tiempo. Ciertamente añade matices a su propuesta original, pero se trata de eso: matices que en nada alteran el núcleo de su tesis original que apunta al triunfo inexorable del orden liberal (democracia y economía de mercado) por sobre cualquier otro proyecto de civilización presente o futuro. Que este triunfo deba posponerse por unas cuantas generaciones más —esa es una de las autocorrecciones a su formulación original— no desdice en lo absoluto de su inminencia, que es lo que, en definitiva, proclama Fukuyama. En este sentido, tanto las

ideas sostenidas en “¿El fin de la historia?” (1989) como las sostenidas en “Pensando sobre el fin de la historia diez años después” (1999), persiguen el mismo propósito: legitimar, a partir de una formulación cuasi escatológica —con un aire de contundencia propio de las verdades indiscutibles—, a los capitalismos que, en el marco de la globalización, se han apoderado del mundo una vez que los socialismos reales se vinieron a pique. Quien quiera ver (o encontrar) en la formulación de Fukuyama una “prueba” científica de la inevitabilidad del predominio mundial del capitalismo perderá su tiempo, pues sus hipótesis violentan, como cualquier otra formulación religiosa, la lógica del pensamiento científico. Como señala Augusto Klappenbach, refiriéndose a la teoría de Fukuyama:

precisamente por el carácter metafísico y escatológico que la caracteriza, su teoría se pone a cubierto de cualquier posibilidad de ser desmentida por los hechos. Sucede lo mismo que con cualquier postulado religioso: si afirmamos, por ejemplo, que todo lo que sucede constituye una prueba que envía la Providencia para conducir la historia hacia su salvación final, cualquier catástrofe tiene de antemano asegurado su papel en este relato de salvación<sup>10</sup>.

Obviamente, esta segunda arremetida pública de Fukuyama anunciando esta vez sí el fin de la historia<sup>11</sup> no ha generado el nivel de discusión que ese mismo vaticinio suscitó cuando fue proclamado por primera vez. Tal parece que ni siquiera su afirmación de que, con los avances de la biotecnología, los seres humanos como tales serán abolidos va a provocar acaloradas discusiones y debates<sup>12</sup>. Y no es que las tesis de Fukuyama sean ahora más razonables que hace diez años; lo que sucede es que la coyuntura de finales de los años noventa es distinta de la coyuntura de finales de la década de los años ochenta.

8. *Ibíd.*

9. *Ibíd.*

10. A. Klappenbach, “¿Otra vez el fin de la historia?”, *El País Digital*, julio, 1999.

11. Por supuesto, Fukuyama, aunque su impacto no sea el mismo que a finales de los años ochenta, no ha perdido su atractivo para los medios de comunicación. Ver la entrevista “El fascismo puede volver, pero por un corto tiempo”, concedida a Daniel Ulanovski Sack. *Clarín Digital*, 15 de septiembre de 1998.

12. De sobra está decir que Fukuyama en lo absoluto es pionero en esto de pretender fundar una nueva humanidad —la verdadera humanidad— sirviéndose de los avances de las ciencias naturales. De hecho, la mitología nazi sobre la supremacía biológica de la raza aria se tradujo en brutales experimentos de exterminio masivo de los humanos inferiores o los no humanos. Ver V. Grigorieff, *Mitologías occidentales*, Barcelona: Robin Book, 1998, pp. 238 y ss.

Si en aquel momento, con el derrumbe del muro de Berlín, la euforia por el cambio se teñía de incertidumbre ante lo nuevo que se edificaría tras la caída de los socialismos reales, en la actualidad, el estancamiento (cuando no fracaso) socioeconómico de Rusia, los nacionalismos, la violencia, la pobreza creciente a nivel mundial y el deterioro del medio ambiente fomentan un clima de desengaño acerca de las virtudes humanizadoras del capitalismo. En un ambiente así, la (re)afirmación de que el orden liberal constituye la culminación de la evolución de la humanidad es algo que muchos de los eufóricos de 1989 (los que publicitaron hasta la saciedad las ideas de Fukuyama) preferirían no escuchar. Por su parte, quienes en 1989 se sintieron zaheridos por las ideas de Fukuyama —pues éstas no sólo demolían sus certezas más queridas y, además, parecían verse confirmadas por los hechos— ya no parece estremecerles la tesis de que la historia acabará en capitalismo y nada más, pues muchos de ellos han comprendido, por fin, que la misma es tan simplista y dogmática (en consecuencia, indemostrable) como cualquier otra tesis que hable de una lógica histórica inexorable y predeterminada.

En definitiva, ahora es más fácil ver las ideas de Fukuyama como lo que son: un conjunto de creencias sobre el sentido y la culminación de la historia, ante las cuales o bien se puede plantear una creencia distinta y opuesta (a la manera marxista), o bien una reflexión crítica que, sobre la base de las ciencias sociales, defienda el azar, la novedad y la creatividad (en consecuencia, la mul-

tidireccionalidad) constitutivas de los procesos históricos. Las ideas de Fukuyama siendo como son de irrefutables —los acontecimientos sociopolíticos (cualquiera sea su signo) anuncian el triunfo definitivo del orden liberal— sólo pueden ser rebatidas con ideas igualmente irrefutables —los acontecimientos sociopolíticos (cualesquiera que sean sus signos) anuncian la “crisis general” del capitalismo—. Un dogma sólo puede ser enfrentado con otro dogma; pero con ello se cae en el círculo vicioso de las ideologías en el peor sentido de la palabra. Si se quiere avanzar en el conocimiento de la historia, lo mejor es abandonar ese círculo vicioso y hacerse cargo de los procesos sociopolíticos y económicos reales, donde la innovación, la ruptura, la irreversibilidad y el caos son dimensiones siempre presentes. Se trata de “reconocer que la historia es una construcción humana que no tiene asegurado su desarrollo, y mucho menos su final”<sup>13</sup>. En tal sentido, una perspectiva de análisis que no quiera ceñirse a los viejos patrones deterministas, ya sean de derecha o de izquierda, no puede dejar de lado hipótesis como las del físico Ilya Prigogine, a propósito del universo y sus dinamismos fundamentales. “Hemos vinculado la irreversibilidad con una nueva formulación, probabilista, de las leyes del universo” —dice Prigogine. Y continúa: “esta formulación nos otorga los principios que permiten descifrar la construcción del universo de mañana, pero se trata de un universo en construcción. El futuro no está dado. Vivimos el fin de las certidumbres”<sup>14</sup>.

Luis Armando González

13. A. Klappenbach, *ibíd.*

14. I. Prigogine, *El fin de las certidumbres*, Madrid: Taurus, 1997, p. 213.